



A large flock of Audouin's Gulls is captured in flight against a clear blue sky. The birds are scattered across the upper two-thirds of the frame, some in sharp focus and others as smaller specks. Below them, a rugged, reddish-brown cliffside rises, its surface textured with shadows and highlights. The foreground is dominated by dense, green, scrubby vegetation. In the distance, a calm blue sea meets a hazy horizon. The overall scene conveys a sense of a thriving, natural habitat.

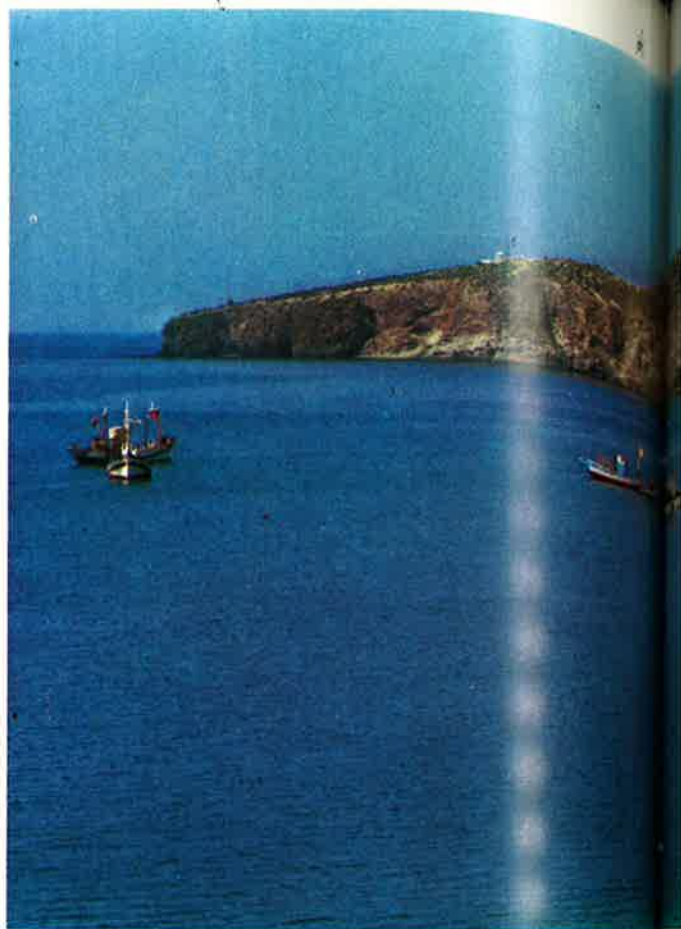
LA GAVIOTA DE AUDOUIN
EN LAS ISLAS CHAFARINAS

Por **EDUARDO DE JUANA**
y **JUAN MANUEL VARELA**

EN días claros, cuando el viento de Poniente limpia la atmósfera de Melilla, desde los acantilados de Rostrogordo se puede contemplar con apreciable nitidez un gran trecho de la costa de Marruecos tendida hacia el Este en dirección a la cercana Argelia. Al otro lado de la Mar Chica, espléndida albufera de templadas aguas que destellean bajo el intenso sol norteafricano, el telón de fondo de la descarnada sierra de Quebdana introduce su extremo nororiental en el mar y forma el cabo de Ras-el-Ma (cabo de Agua). A distancia muy corta de la punta de tierra que divisamos emerge un montecito azulado, apenas visible en el horizonte: se trata de la isla del Congreso, la más occidental y más elevada de las tres islitas que componen el diminuto archipiélago de las Chafarinas.

A unos 50 kilómetros de Melilla, las islas Chafarinas constituyen por el Este la primera de las posesiones españolas en la costa septentrional del Magreb, seguidas por Melilla, los Peñones de Alhucemas, el Peñón de Velez de la Gomera y Ceuta. Abruptos islotes de suelo rocoso, siempre batidos por el viento y el mar, permanecieron deshabitados —ocasional refugio tan sólo de pescadores y de piratas— hasta su ocupación por los españoles en el año 1848, en tiempos de la reina Doña Isabel II. El día de Reyes de dicho año el general don Francisco Serrano, con una pequeña tropa que zarpó de Málaga en los navíos de guerra "Piles" y "Vulcano", tomó posesión de las islas, con tan buena fortuna que sólo unas horas después el buque francés "Velo", que había salido de Orán con idéntico propósito, tuvo que darse la vuelta al ver ondear en las Chafarinas el pabellón español. Los tres islotes recibieron, respectivamente, los nombres de Congreso, Isabel II y Rey, y a partir de entonces hubieron de servir como presidio, como lazareto militar y como base de operaciones de nuestra marina de guerra.

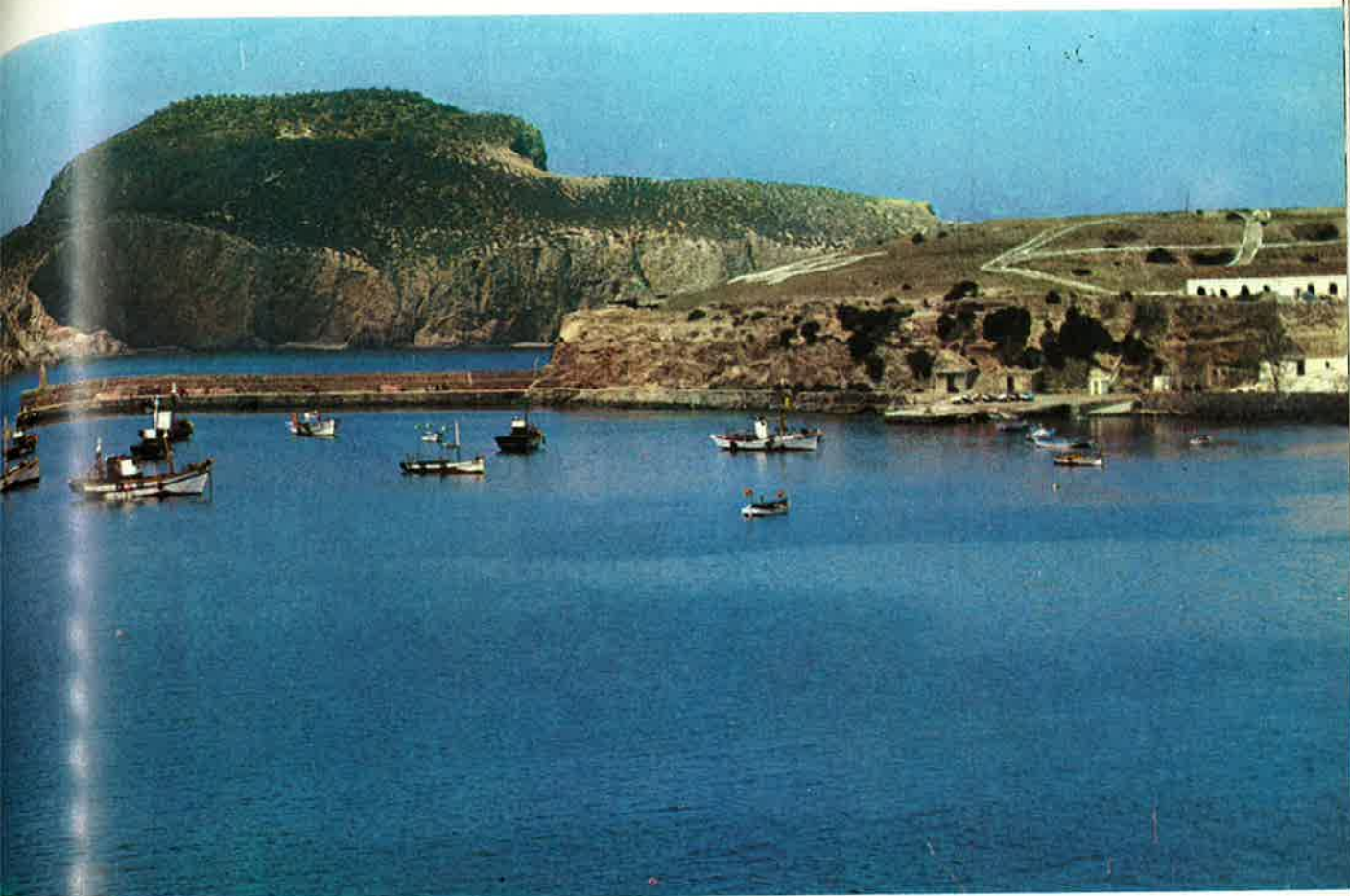
Sobre la isla central —Isabel II—, más plana y con mejores accesos que las otras, fue surgiendo poco a poco un pequeño pueblo blanco con fortificaciones, plaza, iglesia, escuela, casino, tiendas, bares... Se acondicionó un puerto construyendo un grueso dique artificial de 250 m. de longitud entre Isabel II y Rey (aunque pronto quedó destruido a consecuencia del fortísimo temporal de Levante de marzo de 1914). Se levantó un pequeño faro y en la isla



Fot. De Juana/CF

del Rey fue emplazado un diminuto cementerio. Hasta 703 habitantes, de ellos sólo 104 mujeres, se llegaron a contar en las Chafarinas en el año 1887, sin duda una pintoresca mezcla de presidiarios, soldados y pescadores.

Poco de cuanto contamos se puede ver hoy día en Isabel II, donde apenas un centenar de soldados cumplen su servicio militar bajo el mando de un puñado de oficiales, y donde sólo unas cuantas trañas de los pescadores marroquíes de cabo de Agua se mecen indolentes en las quietas aguas del puertecillo. Las otras dos islas, Congreso en el Oeste, escarpada e imponente, con sus 137 metros de altura y más de un kilómetro de longitud, y Rey en el Este, la más pequeña, caprichosamente recortada y, aunque baja, también con bonitos acantilados en diversos puntos, no poseen más que sendos barracones de madera y alguna que otra ruina desperdigada. Rey y Congreso no pertenecen realmente más que al viento, a las aves y al "lobo de mar".



El puertecillo de Isabel II destaca en primer plano contra la impresionante mole rocosa de la isla del Congreso, con sus 137 metros de altura.

El tesoro de las Chafarinas

Entre las muchas pequeñas islas e islotes que salpican, entre Estambul y Tarifa, el mar Mediterráneo, las islas Chafarinas no parecen poseer al pronto nada especial; nada ven quienes desconocen la fauna en sus rocas, en su cielo o en su mar, que les haga sospechar que estas islas puedan ser verdaderamente únicas entre todas las mediterráneas en aspecto alguno. Y, sin embargo, lo son. Unas muy especiales circunstancias político-administrativas han hecho, de modo accidental, que en ellas se conserve un auténtico tesoro zoológico: la mayor colonia de cría que se conoce y la única de sobresaliente importancia, de la rarísima Gaviota de Audouin (*Larus audouinii*).

Es ésta una preciosa especie endémica del mar Mediterráneo —lo que quiere decir que sólo en este mar cría— y escasísima en número, hasta el punto de haber sido considerada en peligro de extinción. De hecho, de las 45 especies de gaviotas que exis-

ten en el mundo tan sólo ésta tiene el triste privilegio de figurar en el "Libro Rojo" de la UICN. En 1964 Bournonville cifraba sus efectivos mundiales en 240 individuos adultos más un número indeterminado de jóvenes. Claro que por aquellas fechas la reproducción de la Gaviota de Audouin en las islas Chafarinas no era más que una hipótesis.

Desde mediados de la década de los 50 el ornitólogo francés Brosset, que trabajaba en Marruecos Oriental, había hecho notar la presencia prácticamente constante a lo largo del año de grupos de Gaviota de Audouin bastante numerosos en la desembocadura del río Muluya, muy próxima a las Chafarinas, por lo que resultaba lógico pensar que en ellas tuvieran una colonia de cría. Intentó aquél varias veces comprobarlo, pero las relaciones no demasiado amistosas entre españoles y franceses en el Marruecos colonial de entonces se lo impidieron hasta 1966, cuando en un 20 de abril consiguió desembarcar en Rey y maravillarse con la contem-

plación de una colonia de cría poblada al menos por un millar de individuos adultos. En los medios ornitológicos la noticia causó revuelo: siempre se había pensado que la Gaviota de Audouin criaba exclusivamente en colonias reducidas, y por otra parte, la población descubierta ahora en aquellas islitas resultaba ser cuatro veces mayor que la población total, según había sido estimada dos años atrás.

Nuestro interés por las islas Chafarinas comenzó cuando en 1974 uno de nosotros efectuaba en Melilla su servicio militar y gustaba de escuchar a menudo, de boca de soldados que regresaban de las islas, narraciones admirativas sobre aquellos bravíos peñones erguidos en un mar azul, coronados por nubes de gaviotas y secreta guarida de un viejo macho de foca monje. En la primavera de 1976 pu-

cría —en lo que se refiere a España se puede consultar el muy interesante trabajo de Joan Mayol—, pero aun así la importante cifra de las Chafarinas debe suponer hoy en día, sin duda, más de las 3/4 partes de toda la población mundial conocida de la Gaviota de Audouin. Que merece la pena investigar en esta colonia a fin de procurar para ella todo tipo de medidas, de cara a una eficaz protección, resulta a todas luces evidente.

La gaviota del pico de coral

La Gaviota de Audouin es una bellísima especie. De tamaño medio, su plumaje es blanco en las partes inferiores y la cola, y gris ceniza sobre el dorso y parte baja del cuello. En la cabeza, de graciosas



Fot. De Juana/ICF

dimos al fin realizar, con otros compañeros de la Universidad Complutense, nuestras primeras excursiones a las Chafarinas. Todo resultó ser tal y como habíamos imaginado, y aún mejor, ya que la colonia de Gaviota de Audouin tenía ahora cerca de 1.000 parejas reproductoras, ¡el doble que en 1966! Logramos interesar en nuestro trabajo al World Wildlife Fund (proyecto n.º 1.413: "Conservación de la Gaviota de Audouin"), y posteriormente al ICONA, y gracias a su doble ayuda financiera se nos hizo posible adquirir un bote con motor fueraborda y regresar a las Islas en 1979. Aún había aumentado más la colonia: 1.300-1.375 parejas.

Estos últimos años, en otras áreas del Mediterráneo, se han venido encontrando nuevos puntos de

proporciones y carente del aire fiero y agresivo de su pariente la Gaviota Argéntea, destacan unos grandes ojos negros, bordeados de fino anillo periorcular rojo, y un airoso pico de color rojo coral provisto de una banda subterminal negra —a menudo doble— y breve punta amarilla. Las patas, poco llamativas, son grisáceo-azuladas.

A mediados de abril en la isla del Rey —sus oscuras rocas volcánicas tachonadas ahora por miles de flores— la colonia de cría de la Gaviota de Audouin se encuentra prácticamente al completo. Desde unos hipotéticos cuarteles de invierno con centro en las costas ricas en pesca de Mauritania y Río de Oro (aunque algunos grupos se hayan visto invernando en Marruecos y otros tan abajo como el Se-



Fot. De Juana/ICF



Fot. De Juana/ICF

En el complejo repertorio conductual de la Gaviota de Audouin, juega un papel importante la "llamada larga", que, al igual que en la Gaviota Argéntea (foto superior), actúa como elemento cohesionante de la pareja. La abundante vegetación anual (abajo) proporciona excelente abrigo a estas aves a la hora de construir el nido.

negal), las gaviotas han ido regresando poco a poco en fechas anteriores, y ahora, tras los rituales de rigor, han formado parejas y se disponen a iniciar la cría. A distancia, la colonia es una blanca mancha que armoniosamente contrasta con el verde de la vegetación y los intensos azules del mar y del cielo. Dentro todo es actividad y son prisas para construir los nidos, que en una cerrada malla se van disponiendo en torno a las matas y, alguna vez, encima de ellas. Muy próximos entre sí —densidades medias de 50 y hasta 60 nidos por 100 m², resultan distinguibles de los de la Gaviota Argéntea por su menor tamaño (el diámetro mayor del interior del cuenco está alrededor de los 17 cm. en la Gaviota de Audouin y, en cambio, anda próximo a los 22 cm. en la Argéntea).

Los primeros huevos aparecen en la colonia hacia el día 20 de abril. La puesta que se puede considerar "normal" consta de tres huevos, y en completarla vienen a tardar las gaviotas cuatro días. Sin embargo, hay puestas de uno, de dos y también de cuatro huevos, cosa esta última no señalada nunca hasta ahora en la especie (en 1979 encontramos hasta 19 nidos con este número de huevos). Se parecen los huevos extraordinariamente, en cuanto a coloración, a los que pone la Gaviota Argéntea (color crema, con tintes más o menos verdosos y profusión de manchas verdes, ocreas o negras), pero se apartan de ellos bastante en cuanto a dimensiones medias, aunque de todos modos persista un estrecho margen de superposición. En la Gaviota de Audouin vienen a medir 63 por 44 mm, mientras que en la Argéntea son dimensiones medias 70 por 49 mm.

Durante todo el tiempo que hay huevos en el nido, éste es celosamente vigilado por los adultos frente a la depredación de las atrevidas argénteas, y ambos miembros de la pareja se turnan en la incubación. Tras un período que ciframos próximo a los 28 días, la colonia empieza a animarse con la presencia de pollitos recién nacidos. Estos pesan al nacer unos 40 gramos y su aspecto entonces es ciertamente desvalido, con los ojos cerrados, el plumaje apretado al cuerpo y fuerzas apenas para levantar la cabeza, pero ya al día siguiente nos sorprenderá verlos orgullosamente erguidos sobre sus desproporcionadas patas negruzcas, vestidos de denso plumón ocre claro, manchado de motas y rayas pardo-oscuros o negras, y mirándonos con unos vivarachos ojos negros. A los dos o tres días desaparecen del nido y se ocultan bajo la vegeta-



Fot. De Juana/CF





Fot. Varela/ICF

No es tarea fácil localizar a los pollos (pág. contigua) cuando a los pocos días de nacer abandonan el nido para ocultarse al amparo de su críptico plumón. Asustado por nuestra presencia en su territorio (arriba), este individuo nos observa mientras emite la "llamada de alarma". Terminadas las tareas reproductoras, son frecuentes las congregaciones de adultos en el mar.

ción próxima, donde aguardan la vuelta de los padres, que salen a pescar.

Si el aporte de comida no falla, en una semana los pollitos triplican su peso y son capaces en un mes de alcanzar el peso de los adultos, esto es, los 500-600 gramos. Todavía sigue aumentando algo el peso hasta los 40 días de vida, que es cuando situamos nosotros el momento en que los pollos, en promedio, se encuentran en condiciones de efectuar los primeros vuelos. Para el 20 de julio, tres meses después de los primeros huevos, en la colonia el aspecto es radicalmente distinto: prácticamente no quedan pollos incapaces de volar, muchos son los que permanecen agrupados en determinados puntos de la isla o nadan sosegadamente en las proximidades de la orilla, pero también bastantes los que han abandonado ya la colonia en compañía de buena parte de los adultos, y están ahora utilizando, como reposaderos, distintos parajes en la costa continental próxima.

En la colonia, donde los nidos destrozados por el uso resultan, en la mayor parte de los casos, apenas identificables, la sensación de abandono y desolación viene acentuada por la presencia de docenas de pollos muertos, en distintos estados de crecimiento, víctimas del hambre, de las enfermedades o de la depredación de las gaviotas argéneas, testimonio del necesario tributo que puntualmente se encarga de cobrar la selección natural a las especies y del que no escapa ninguna de cuantas formas de vida hay sobre la Tierra.

Fot. Varela/ICF



Pescadora y, a veces, cazadora

¿De qué vive —nos podemos preguntar ahora— nuestra gaviota del pico de coral? Pues parece claro que, al menos en las Chafarinas, la Gaviota de Audouin resulta ser un ave esencialmente pescadora. La idea que ahora tenemos, formada en buena parte gracias a nuestro amigo el ornitólogo alemán Hans-H. Witt, quien ha estudiado con nosotros a la especie en Turquía, en Cerdeña y últimamente también en las Chafarinas, es que estas gaviotas pescan aquí en mar abierto, a cierta distancia de la costa —muy rara vez se las ve pescar junto a las islas—, y que preferentemente lo hacen de noche o durante los crepúsculos y amaneceres, que es cuando vemos tienen lugar los máximos de entradas y salidas de aves en la colonia. Son presas predilectas en las Chafarinas la sardina y el boquerón, peces allí muy abundantes, de hábitos pelágicos, y que se agrupan en bandos y nadan a menudo muy cerca de la superficie. Su método favorito de pesca, único al parecer entre las gaviotas europeas, es en cierto modo similar al de las pardelas, con vuelo a baja altura sobre el agua, consistente en aleteos cortos, y captura de las presas mediante breve inmersión del pico y la cabeza.

A diferencia de la Gaviota Argéntea, la de Audouin rara vez puede ser vista detrás de los pesqueros o sobre tierra firme; nunca o casi nunca en basureros. En cambio, alguna vez depreda sobre pequeños passeriformes migradores, y así en la primavera de 1976, coincidiendo con una racha de violentos temporales, pudimos recoger restos de su alimentación que atestiguaban a las claras una verdadera masacre de pajaritos. Entre 223 pequeñas aves cuyos restos analizamos, la parte más destacada en número corría a cargo del Papamoscas Cerrujillo (*Ficedula hypoleuca*), pero encontramos también entre aquéllas golondrinas (*Hirundo rustica*), aviones (*Delichon urbica*), un vencejo (*Apus apus*) y hasta nueve alcaudones (*Lanius senator*).

Otra fauna en las Chafarinas

No acaba el tesoro zoológico de las islas Chafarinas con la Gaviota de Audouin, ni mucho menos. Dejando a un lado la riqueza de las aguas —prácticamente sin tocar por pescadores submarinos y aún abundantes, gracias a ello, en meros, chernas, corvinas y sargos—, y sin salir de tierra firme, son muchas las agradables sorpresas que las Islas deparan al naturalista hasta ellas llegado.



Fot. Varela/CF

En primer lugar cabría destacar la también impresionante colonia de Gaviota Argéntea del Mediterráneo (*Larus argentatus michahelles*), que debe de disponer de por lo menos 1.500 parejas en la isla del Congreso y de otras 300 más en la del Rey (datos de 1979). También de mucha importancia es la colonia de Pardela Cenicienta (*Procellaria diomedea*), asentada en el escarpado flanco occidental de Congreso. Hasta 1.800 pardelas adultas hemos visto juntarse en un apacible atardecer del mes de julio en el mar, a poca distancia de los cantiles, en una asamblea previa al retorno a los nidos. Una vez anochecido, las melancólicas, sobrecogedoras voces de las pardelas anunciarán a sus pollos, hasta



La cobertura vegetal de la vertiente oriental de Congreso proporciona cobijo a una impresionante población de gaviotas argénteas.

entonces refugiados entre las piedras, la hora de la ceba. Las islas Chafarinas constituyen, después de la isla tunecina de Zembra, el único punto de la costa norteafricana donde se ha podido hasta el momento demostrar la cría de esta interesante procelariforme.

No parecen criar otras aves marinas en las Islas, aunque sea frecuente en ellas la observación de pequeños grupos de Cormorán Moñudo (*Phalacrocorax aristotelis*), muy a menudo tomando el sol con las alas abiertas, tras la pesca, sobre cualquier escollo preferido, y a pesar de que el mar se vea animado durante el invierno con otras varias especies, entre las que tal vez un mayor interés presentan el

fiero Págallo Grande (*Stercorarius skua*) y el abundante Alcatraz (*Sula bassana*).

Un pequeño plantel de aves de presa tiene seguro refugio en la isla del Congreso: dos o tres parejas de Cernícalo Vulgar (*Falco tinnunculus*), una pareja de Halcón Peregrino (*Falco peregrinus*) y uno o dos ejemplares de Aguila Pescadora (*Pandion haliaëtus*). Esta última bella y escasísima rapaz piscívora tiene en los cantiles al menos dos voluminosos nidos, pero no parece siquiera haber intentado la reproducción durante los últimos años.

De espectacular puede calificarse la población de Paloma Bravía que, para satisfacción de los hal-



Fot. Varela/ICF

La Gaviota Argétea sureña, de oscuro manto y hosca expresión, contrasta notoriamente con su apacible congénere la Gaviota de Audouin.

cones, habita en los acantilados de Congreso (algunas parejas también crían en Rey). Llegado el anochecer, numerosos bandos —alguno de varios cientos de aves— regresan del continente en largas hileras, el buche de las palomas lleno de cereal y de semillas de plantas arvenses que han ido durante el día recogiendo en las semiáridas llanuras marroquíes. La relación de aves reproductoras termina enseguida con la mención del Roquero Solitario

(*Monticola solitarius*) —4 ó 5 parejas—, del Vencejo Pálido (*Apus pallidus*) —algunas docenas afincadas en los cantiles— y del vulgar Gorrión Común (*Passer domesticus*) —huésped del caserío de Isabel II—, pero muy largo sería el dar cuenta de las muchas especies que, como migrantes o como simples visitantes procedentes de Marruecos, se dejan ver de modo más o menos regular en las Chafarinas.

Salamanquesas (*Tarentola mauritanica* y *Sauro-*

dactylus mauritanicus), lagartijas (*Podarcis hispanica*), eslizones (*Chalcides ocellatus*), culebrillas ciegas (*Trogonophis wiegmanni*) y alguna serpiente no identificada, forman la no muy numerosa pero interesante fauna reptiliana de estas islas, según determinaciones del Dr. Salvador. Entre los mamíferos terrestres, el panorama es aún más pobre: aparte de algún murciélago que de vez en cuando se deja ver en sus vespertinos revoloteos, sólo hay aquí algunos conejos de origen doméstico y las sempiternas ratas (*Rattus rattus*), sin duda llegadas en los barcos del hombre. Pero en el mar las Islas cuentan con un vertebrado que ya va siendo insólito en las aguas cada vez más muertas del Mediterráneo, la Foca Monje (*Monachus monachus*). Se trata de un mastodóntico macho de tal vez más de 3 m. de largo, que con cierta frecuencia se deja ver junto a las sombrías cuevas abiertas al mar que hay al pie de los más altos cantiles de Congreso, nadando tal vez con sorprendente agilidad tras grupitos de peces que, despavoridos, escapan como pueden dando saltos sobre el agua, o quizás tomando apacible el sol en cualquier escondida y pedregosa playita. Este viejo macho parece ser el único en las Islas, y a pesar de la decidida animadversión de los pescadores, que han tratado de darle caza repetidas veces acusándole de romper los trasmallos, se las ha apañado para sobrevivir hasta nuestros días. Alguna vez se le ha visto en compañía de hembras, quizás venidas de la parte de Argelia, pero nadie ha podido encontrar nunca crías de foca en las Chafarinas.

Al terminar la época de reproducción, la roca volcánica de la isla del Rey aparece blanqueada por las deposiciones de los cientos de aves que las usaron como posadero.

Incierto futuro

¿Qué será dentro de diez, veinte, cincuenta años de este viejo lobo marino, de la insólita colonia gigantesca de Gaviota de Audouin, de las islas Chafarinas...? Que estos peñones, tan próximos a una costa pobladísima, reúnan la fauna que hoy día tienen se debe, y esto está más que claro, a la vigilancia militar de que han gozado y gozan. Cierto que a veces los soldados recogen huevos de gaviota o irrumpen un tanto desconsideradamente en las colonias de cría causando indebidos y peligrosos trastornos —cosas ambas fácilmente evitables—, pero tan cierto o más es que sin ellos las Chafarinas tendrían muy poco de fauna y en cambio, con mucha probabilidad, media docena de "chalets" sobre cada isla.

¿Qué ocurrirá cuando en el futuro España ceda, tal vez, la soberanía de esta plaza al Reino de Marruecos? Es misión de los organismos científicos y proteccionistas internacionales vigilar para que tras ese previsible momento nunca nada les pueda ocurrir a sus valores naturales, y misión de nuestras autoridades la de cuidarlos hasta entonces, celosamente, si es preciso bajo una figura jurídica adecuada como pueda ser la de Parque Natural. Este paraíso ornitológico en aguas mogrebíes puede y debe ser preservado para las futuras generaciones que, europeas o africanas —no importa—, habrán de ser sin duda más cultas y más conscientes de su patrimonio natural.

E. J. / J. V.

Fot. Varela/ICF

